

Lima, Año XV, No. 152, enero - febrero, 2014

## EL APOORTE DE LA CRÍTICA LITERARIA FEMINISTA A LA RENOVACIÓN DE LAS HUMANIDADES

**Susana Reisz**

Decana de la Facultad de Letras  
Pontificia Universidad Católica del Perú

La primera vez que oí hablar de una teoría literaria feminista y de su influencia en los estudios humanísticos, reaccioné entre admirada e incrédula. Fue en 1986, en un coloquio de hispanoamericanistas reunido en la Universidad de Mannheim.

Por esa época yo ya había leído cientos de páginas de variados modelos teóricos y estaba por estrenarme con un libro sobre el tema, en el que me atrevía a hacer mi propia "propuesta". Para mi mayor perplejidad, el comentario no venía de una mujer fanática, con la cara lavada, el pelo rapado y gesto de predicadora, sino de un joven académico bastante normalito, dedicado como yo a la investigación y a la docencia, e interesado en los mismos temas que habían sido mi objeto de estudio durante largos años. Ahora reconozco, con un poco de incomodidad retroactiva, que el hecho de que mi interlocutor fuera un colega y no una colega, investía a sus palabras de una autoridad de la que habrían carecido en caso de ser sostenidas por una voz femenina. Recuerdo que me recomendó con mucha insistencia la lectura de un libro de "una noruega que escribía en inglés" y cuyo apellido a mí me sonaba vagamente francés: Toril Moi. Me aclaró que no se pronunciaba "muá" y que el título del libro jugaba con una sugerente paronomasia: Sexual/Textual Politics.

Impresionada con tan curioso hallazgo, me apresuré a comprar el libro aprovechando que estaba en el extranjero. Ya de regreso en Lima, comencé a leerlo lentamente, con bastante esfuerzo y sin demasiado entusiasmo. Interrumpí la lectura varias veces, fatigada y aburrida, pues mi inglés entonces era un tanto precario y yo no estaba acostumbrada a confrontarme con ese tipo de planteos, que me parecían de a ratos peregrinos, de a ratos ingenuos y de a ratos demasiado subjetivos, opiniones todas muy en consonancia con mi convicción de entonces de que un buen teórico debía ser impasible y ciego al sexo y a las demás particularidades de la vida cotidiana.

No descarto, por lo mismo, que más de un lector o lectora de estas páginas pueda tener una reacción similar ante lo que voy a tratar de exponer. Pero tampoco descarto que después de un tiempo, les ocurra lo que a mí: que al escepticismo o al escaso interés del primer momento le siga un período de reflexión y finalmente un cambio radical en su modo de acercarse a la literatura y a cualquier tipo de textos.

Lo primero que hay que aclarar es que la teoría literaria feminista, así como las diversas prácticas críticas derivadas de ella, tiene un sesgo polémico y subversivo,

pues pone al descubierto un conjunto de creencias y de valores vinculados con relaciones de poder que dejan su huella en las más diversas manifestaciones de toda cultura pero que, al mismo tiempo, suelen permanecer ignorados o negados por quienes los sustentan. Esa ideología, que solo una óptica feminista es capaz de sacar a la superficie (y que se parece un poco, por su modo de funcionamiento "ciego", a la metáfora del inconsciente freudiano), hace del varón el centro de la creatividad y de la acción y de la mujer su complemento pasivo y su subordinada. El fundamento y la racionalización de tal asimetría es la diferencia sexual y el presupuesto de que hombres y mujeres "por naturaleza" se comportan de distinta manera y tienen desiguales capacidades. Es decir, algo similar a lo que a través de la historia de la humanidad se ha sostenido sobre las distintas razas (con las consecuencias políticas que son de todos conocidas) e incluso sobre las diversas clases sociales. Por esa misma razón (pero aquí no puedo extenderme sobre el tema), cuando la oposición masculino-femenino deja de funcionar como axioma y se convierte en objeto de escrutinio, se hace ineludible revisar al mismo tiempo las nociones de raza y de clase social.

Cuando Simone de Beauvoir escribió en *El segundo sexo*: "No se nace mujer, una se hace mujer" estaba designando, con esta paradójica afirmación, una categoría que la sociología y la antropología de entonces aun no habían elaborado y que tendría un rol central en todos los desarrollos posteriores del pensamiento feminista: la categoría de "género", entendida como una construcción cultural disociable del sexo biológico pero habitualmente sobreimpuesta a él.

Pongo un ejemplo característico de las sociedades hispánicas: hasta hace muy pocos años los sectores de la clase media y de la burguesía se mantuvieron fieles a la tradición de vestir a las niñas recién nacidas de rosado, de perforarles tempranamente los lóbulos para que pudieran lucir pendientes y de decorarles su entorno con muñecas, mientras que, en oposición, solían vestir a los varones de celeste u otros colores (pero nunca de rosado), no les perforaban los lóbulos y tendían a rodearlos de juguetes supuestamente más "viriles" (como animales de peluche o pseudomaquinarias).

Mediante estos procesos de diferenciación simbólica (u otros equivalentes) las familias se afanan en echar los cimientos del edificio de la femineidad o de la masculinidad utilizando como terreno un cuerpecito que no se sabe ni masculino ni femenino pero que, con el andar del tiempo, llegará a comportarse como una u otra cosa. Cada cultura, cada grupo étnico y cada estrato social realizará la labor de demarcación de distinta manera pero lo invariable es la imposición coercitiva de una diferencia que se añade a la del sexo para reforzarla.

Si esa labor divisoria se limitara a cuestiones de apariencia externa o a los aspectos más bien lúdicos de las interacciones entre ambos sexos, las mujeres no habríamos quedado marginadas, desde el comienzo de la historia, de todos los quehaceres considerados "de importancia pública", como la política, la guerra, la ciencia o las artes "mayores". Por eso, lo que la frase de Beauvoir nombra y pone al

descubierto es no solo el carácter no-natural de la feminidad sino un mecanismo diferenciador en virtud del cual las mujeres hemos sido excluidas del ejercicio del poder mediante el adiestramiento, a través de los siglos, para ser "bellas", "maternales", "serviciales", "no-agresivas", "sacrificadas", y, sobre todo, para no-saber-hacer ciertas tareas (tales como dirigir, comandar, luchar cuerpo a cuerpo, arengar a una muchedumbre, desarrollar destrezas físicas del tipo de la carpintería, la mecánica o el fútbol, o, por último, descollar en el pensamiento abstracto). Huelga decir que la masculinidad se construye por un procedimiento análogo y complementario: educando a los varones a "ser" lo opuesto de las mujeres y a no-saber-hacer lo que ellas saben (y deben) hacen (como criar a los niños, cuidar a los enfermos, cocinar, coser, limpiar o lavar la ropa de la familia). Las metas sociales diseñadas para ellos son, asimismo, inversas y complementarias en relación con las diseñadas para ellas: a ellos se los prepara para luchar, competir y dominar en público o en privado; a ellas para soportar, acompañar, cuidar, subordinarse y posponerse.

Otro descubrimiento crucial del feminismo, que tiene repercusiones en todas las áreas de las humanidades, es que las voces de los maestros del pensamiento occidental no son genéricamente neutras sino masculinas y que tampoco son representativas de toda la humanidad sino de esa restringida parcela de la humanidad que ha tenido poder para hacerse oír en el ámbito público. Dicho de otro modo, que las universalizaciones de los grandes discursos tienden a ocultar la existencia de voces inarticuladas: las de todos los marginales de una sociedad en cada período de su historia. En consecuencia, una de las tareas fundamentales de la crítica feminista es leer los enunciados universalizantes a contrapelo, a la búsqueda de ausencias y omisiones, con un tercer oído para registrar el silencio de los subalternos: el de los grupos étnicos minoritarios o sometidos a la violencia colonial, el de los esclavos, el de los vencidos, el de las clases desposeídas, el de las minorías satanizadas (como los homosexuales) y, por supuesto, el de las mujeres en general, que, en el interior de cada uno de esos grupos han sufrido una doble marginación.

Los hallazgos a que acabo de referirme son de índole general y rebasan con mucho el campo de la literatura. Sin embargo, todas las tendencias actuales englobables bajo el rubro de la crítica literaria feminista parten de ellos y los aprovechan de uno u otro modo. En efecto, por muy variados que sean los procedimientos de análisis, la categoría de género funciona en todos los casos como un filtro básico que organiza y procesa los datos de lectura. Algunos estudios hacen hincapié en las imágenes de mujer que ofrece la literatura escrita por hombres para poner en evidencia estereotipos reforzadores del *status quo* o abiertamente misóginos; otros se centran en el examen de voces literarias femeninas conscientes de su diferencia y de su marginalidad; otros simplemente se proponen rescatar del olvido textos producidos por mujeres y no ingresados al canon de la gran literatura por su origen subalterno; otros se ponen como meta la revisión de la recepción literaria y de los juicios canónicos consagratorios o derogatorios tomando como criterio la influencia de estereotipos genéricos; otros analizan las "tretas del débil"

de que se valen las escritoras para ejercer el poder de la palabra sin chocar frontalmente con una institución de índole patriarcal.

Como se ve, los enfoques posibles son muchos y muy diversos pero casi todos coinciden en un punto: los textos--incluidos allí esos objetos de veneración que llamamos "los clásicos"--son puestos en relación inmediata con la sociedad de la que surgieron y contemplados a través de lentes tan particularizantes como el género, la raza y la clase social. Desde este punto de vista cualquiera de los grandes textos del canon de Occidente, como por ejemplo el Edipo Rey de Sófocles, puede ser visto desde un ángulo que es tan claro y tan obvio como el lugar de "La carta robada" de Poe pero que, al mismo tiempo, ha sido tan tenazmente ignorado por la crítica tradicional que su sola mención parece escandalosa o ridícula. Me refiero a que la tragedia del rey tebano es, además de todo lo que se ha dicho a través de siglos de reverente lectura y minuciosa exégesis, precisamente eso: la tragedia de un ser humano de sexo masculino, griego (es decir, blanco, "no-bárbaro"), heterosexual y aristócrata. Un ser humano que se percibe a sí mismo como miembro privilegiado de un pueblo superior a todos los demás, cuna y centro de la "civilización"...

No creo que leer a los clásicos de este modo, en un esfuerzo sistemático por desconstruir las interpretaciones universalizadoras y genéricamente neutralizantes que se le han ido adhiriendo a través de los tiempos, sea una manera de reducirlos o empobrecerlos. Pienso, por el contrario, que es someterlos a un escrutinio multifocal, capaz de percibir, además de los valores humanos-generales contenidos en toda gran obra, otros significados que han sido reprimidos como resultado de ancestrales conflictos de poder. El actual momento histórico favorece este tipo de aproximación a los "grandes maestros de Occidente": cavar en esos textos para exhumar las tensiones entre lo universal y lo particular, lo global y lo local, lo mayoritario y lo minoritario, lo masculino y lo femenino, está en total consonancia con los intereses y las preocupaciones de una postmodernidad particularmente sensible a la percepción de pluralidades, diferencias y procesos de hibridación.

Finalmente, deseo rozar siquiera un tema que ha dado lugar a mucha controversia: la pregunta sobre si existe una manera específicamente femenina de escribir o, dicho de un modo empiricista, si es posible determinar el sexo de quien ha escrito un texto con solo analizar los temas y el estilo. Al parecer, en el trasfondo de esta pregunta alienta la intención de demostrar que la teoría literaria feminista trabaja sobre la base de arenas movedizas pues, como se puede prever, cualquier prueba consistente en mezclar textos escritos por hombres y mujeres para que el lector "adivine" el sexo de los respectivos autores, arrojará resultados confusos o erróneos.

Mi propia hipótesis es que escribir o leer como mujer es un hecho tan poco "natural" como la femineidad misma (en el sentido genérico que he intentado definir aquí). Si se admite que el proceso de "hacerse" mujer es una construcción cultural de una gran complejidad y de resultados no enteramente previsibles, habrá que admitir asimismo que las mujeres no podemos producir automáticamente una

escritura "de mujer"... a menos que nos empeñemos en ello y que hagamos el esfuerzo correspondiente. Desde mi personal punto de vista, la actividad de escribir (y leer) "como mujer" exige tener una clara consciencia de género y, muy especialmente, de la experiencia de marginación que acompaña a esa identidad genérica. Requiere, además, la voluntad de dejar testimonio, en la propia escritura, de las glorias y miserias que trae consigo el haber nacido mujer y, sobre todo, el haber sido educada como mujer en un sistema patriarcal.

En suma: producir una literatura "femenina" (en un sentido ni trivial ni mecánico del término) no es un automatismo que se deriva del sexo de la autora sino una opción política que admite variadas formas de compromiso. Hay que añadir, por cierto, que el testimonio que se deriva de esa toma de consciencia genérica y de esa relativa politización casi nunca está libre de contradicciones y que no siempre va acompañado de una propuesta alternativa o de una auténtica voluntad de cambio. Pero éste es un tema en sí mismo, inabordable en un par de líneas.

Para concluir, solo quiero enfatizar que este modo de entender la "feminidad" de la literatura (o su "masculinidad", lo que también es un tema aparte) permite descubrir de inmediato por qué todo intento por establecer una correlación forzosa entre el sexo de los escritores y su escritura está condenado a fracasar de antemano y por qué las voces de ciertas creadoras suenan inequívocamente "femeninas" (o incluso "feministas") mientras que las de otras no.